

RESUMEN COMPLETO

Nazarín

de Benito Pérez Galdós

La lámpara encendida

Un cura muy extraño

Nazarín es una novela de Benito Pérez Galdós, publicada en mil ochocientos noventa y cinco. Cuenta la historia de un sacerdote pobre de Madrid que decide vivir el Evangelio al pie de la letra: sin dinero, sin casa, sin defenderse de nadie, pidiendo limosna y ayudando a quien lo necesita. Y lo que ocurre cuando alguien intenta vivir así en el mundo real.

La casa de huéspedes

La novela empieza casi como un reportaje. El narrador, un escritor, acompaña a un amigo periodista a una casa de huéspedes miserable de un barrio bajo de Madrid, la de la tía Chanfaina, una mujerona de mucho carácter. Allí les hablan de un huésped muy raro: un clérigo al que llaman Nazarín.

Su nombre es don Nazario Zaharín. Es de Miguelturra, en La Mancha, moreno, con aspecto de árabe, con una mirada dulce. Vive en un cuartucho con una cama, una banqueta y poco más. Esa misma noche le han robado todo lo poco que tenía, unas mujeres de mala vida que viven en la casa, y él no se ha enfadado lo más mínimo.

Los visitantes conversan con él. Nazarín explica sus ideas con una tranquilidad pasmosa. No le importa el dinero. Cree que nada es de nadie, que todo es del primero que lo necesita. Pide limosna para comer, y si no le dan, no come. Dice que no quiere convencer a nadie. Solo vive así.

El periodista piensa que es un farsante o un loco. El narrador no sabe qué pensar. Y ahí lo dejan.

Ándara

Unos días después, de noche, mientras Nazarín contempla la luna desde su ventana, alguien llama a su puerta. Es Ándara, una de las mujeres que lo insultaron cuando le robaron. Viene herida, con el brazo lleno de arañazos y mordiscos y una herida de cuchillo en el hombro. Ha tenido una pelea terrible con otra mujer, a la que llaman la Tiñosa, y cree haberla matado. Le pide que la esconda.

Nazarín no le pregunta nada. La cura con sus propias camisas, le da su cama y la cuida durante varios días. Pero cuando Ándara se recupera y se va, deja tras de sí algo mucho peor: para borrar el olor de la sangre y las pruebas de su paso, prende fuego a la habitación. El fuego se extiende a toda la casa.

Nazarín se queda sin nada. Lo acusan de haber escondido a una delincuente, y hasta de ser cómplice del incendio. Las autoridades de la Iglesia lo miran con desconfianza, y le retiran las licencias para decir misa.

El camino

Entonces Nazarín toma una decisión. Una mañana se viste con ropas de mendigo, sale de Madrid por la puerta de Toledo y echa a andar por los caminos de Castilla, sin dinero y sin rumbo, pidiendo limosna. Siente una felicidad inmensa: por fin es libre, sin más dueño que Dios.

Pero no va solo mucho tiempo. Ándara lo encuentra en el camino y se empeña en seguirlo. Ha cambiado. Quiere servirlo y aprender de él. Nazarín intenta convencerla de que vuelva, pero acaba aceptando.

Beatriz y la niña

En un pueblo cercano a Móstoles, Ándara busca a dos amigas suyas, dos hermanas: Fabiana y Beatriz. Beatriz es una mujer joven que sufre ataques de nervios, unos males extraños que nadie sabe curar. Y la hija pequeña de Fabiana está muy enferma, a punto de morir.

Las mujeres le suplican a Nazarín que la cure. Él les dice que no es un santo, que no hace milagros, que solo puede rezar y consolar. Reza junto a la niña. Y la niña mejora. Todo el pueblo grita que ha sido un milagro. Nazarín se enfada, lo niega, y hasta levanta el bastón contra Ándara cuando ella insiste en que es un santo.

Beatriz, conmovida, se une también a ellos. Y así, Nazarín, que quería caminar solo, se encuentra con dos discípulas: Ándara, ruda, valiente y pendenciera, y Beatriz, dulce y mística. Viven de limosna, duermen al raso y comparten todo con los pobres.

El señor de la Coreja

Por el camino les hablan de un noble rico de la zona, don Pedro de Belmonte, dueño de una finca llamada la Coreja. Dicen que es el hombre de peor genio de toda Castilla la Nueva, que trata a todos como perros. Precisamente por eso, Nazarín quiere ir a llamar a su puerta.

Belmonte, un anciano gigantesco y furibundo, lo recibe a gritos. Pero Nazarín le habla con tanta serenidad que el viejo cambia de actitud. Lo invita a cenar y conversan toda la noche. Belmonte, que ha viajado mucho, se convence de que aquel mendigo es un gran personaje disfrazado, quizá un obispo armenio o un patriarca de

Oriente. Nazarín le dice la verdad, pero el noble no le cree. Al final, le da comida para repartir entre los pobres.

La viruela

Se enteran entonces de que en Villamantilla, a dos leguas, hay una epidemia de viruela, con una mortandad horrorosa. Las mujeres tienen miedo, pero Nazarín no duda: allí es donde hay que ir. No buscan placeres, dice, sino miserias y dolores para consolarlos.

Y allí pasan días enteros cuidando a los enfermos que todos abandonan, enterrando a los muertos, sin descanso. Ándara y Beatriz se portan como heroínas.

El enano Ujo

En uno de los pueblos se les une un ser extraño: Ujo, un enano mendigo, deforme, de cabeza enorme, del que todos se burlan. Se ha enamorado de Ándara, y la sigue a todas partes. Nazarín lo trata con el mismo cariño que a todos.

La detención

Pero empiezan los rumores. Se dice que hay robos por la comarca, que aquellos vagabundos son delincuentes, que el cura es un impostor y las mujeres, unas perdidas. Además, la justicia de Madrid sigue buscando a Ándara por la pelea y el incendio.

Al final, la Guardia Civil los detiene. Ándara intenta resistirse y la atan. Los llevan al ayuntamiento de un pueblo, encerrados en una

cuadra con rejas. El alcalde, un hombre bromista, conversa con Nazarín y se burla de sus ideas, aunque los trata con cierta humanidad.

Con los presos

Después los llevan, atados, camino de Madrid, junto con otros presos. Por el camino, la gente se burla de ellos. En la cárcel de un pueblo, Nazarín queda encerrado con varios criminales. Uno de ellos, al que el narrador llama el Parricida, el más insolente de todos, lo insulta, se burla de él y le pega.

Nazarín no se defiende. Le dice que lo perdona. Y entonces otro de los presos, al que llaman el Sacrílego, que había permanecido callado en su rincón, toma la palabra: dice que pegar a un hombre indefenso no es de hombres. Y poco a poco, aquel ladrón empieza a escuchar a Nazarín y a cambiar.

El final

Nazarín cae enfermo. Una fiebre altísima lo hace delirar. Mientras lo llevan a Madrid, ve visiones: una calle llena de gente, una cruz enorme que se levanta al fondo. Pero él no quiere la gloria del mártir. Pide a Dios morir olvidado, en la oscuridad, sin que nadie hable de él, sin que sus verdugos sean odiados.

La cruz desaparece. Nazarín se siente solo, sin saber si está vivo o muerto. Y siente un deseo inmenso de decir misa. De pronto se ve delante de un altar purísimo, celebrando. Y cuando toma la hostia en las manos, Jesús le habla:

Hijo mío, aún vives. Estás en mi santo hospital, padeciendo por mí. Tus compañeros, las dos mujeres y el ladrón que sigue tu enseñanza,

están en la cárcel. No puedes celebrar, y esta misa es una imagen de tu mente. Descansa, que bien te lo mereces. Algo has hecho por mí. No estés descontento. Yo sé que has de hacer mucho más.

Así termina la novela.

¿Santo o loco?

Galdós no responde. Para unos personajes, Nazarín es un santo; para otros, un loco, un vago o un peligro. Galdós lo cuenta con humor y con ternura, y deja que el lector decida. Lo que muestra es cómo reacciona una sociedad cuando alguien se toma el Evangelio en serio.

Medio siglo después, en mil novecientos cincuenta y ocho, el director Luis Buñuel llevó la novela al cine en México, y su película ganó un premio en el Festival de Cannes. Galdós escribió después una segunda parte, Halma, donde vuelven a aparecer Nazarín y sus discípulas.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.